

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

La vuelta al clasicismo

Por todas partes en el mundo literario, en medio de la ubérrima vegetación de las inteligencias y del inmenso desbordamiento de la indisciplina que, de frente al espejo de la moda, bordó sus fantásticos tremoles e hizo lujo de audacia y de extravagancia, los más grandes cultivadores de la belleza dirigen la vista a la civilización greco-romana y a lo que de mejor subsiste en las letras de cada pueblo.

Reflorescen, con brotes mirfícos y lozanas promesas, los estudios helénico-atinos, en universidades y colegios que en su extensión cultural se preocupan de estimular tal aprendizaje que para una parte de los escritores permaneció un tiempo no sólo desacreditado, sino en el profundo olvido. Algunos países jóvenes, impregnados de falsas ideas liberales, desterraron de sus programas de enseñanza el estudio de las lenguas clásicas. El bárbaro ensayo dió por resultado un enorme fracaso. Se entronizó la ignorancia, propagóse el sacanete de dicciones e ideas; pero hoy el espíritu humanista de España y América, como franco homenaje a la reconsideración serena, se baña y tonifica en las tersas aguas de la antigua hermosura, vivificándolas no sólo con la savia de los siglos, sino también con la observación personal del alma y del mundo, con un sentido no de chamarilero sino de renovador de lo pasado, al que aclara sus misterios y los desentraña para lección y provecho del porvenir.

Van feneciendo las corrientes que, en adoración de la nitidez y rareza de la forma, descuidaron el concepto que a la vez asomó pobre y obscuro, confeccionando uno como electuario de rimas y palabras dulces y sonoras.

En España, por ejemplo, Martínez Ruíz, ha mezclado rica hemoglobina juvenil en la carne líquida que se creía pobre por ser vieja, ha vuelto a estudiar a los clásicos, les ha exprimido el jugo, ha lastado lo que falta en ellos, ha subrayado lo que pasó inadvertido para tantos ojos, ha deducido prácticos problemas y aplicaciones saludables para su patria, de los pensamientos que ya nuestros abuelos dejaron esbozados y de las empresas que plantearon. Releerlos con método es fecunda tarea.

El estudio del Quijote se está generalizando: los comentarios y libros inspirados en él abundan en esta época, junto con las monumentales ediciones de aquella Biblia española. La psicología del Quijote, su sentido exotérico y esotérico; las mujeres del Quijote, la tristeza del mismo; los caminos que recorrió; la geografía del Quijote; la manera de comprender lo sólido y lo

friable, todo se analiza hoy día. La peregrinación de la humanidad es con rumbo a las prístinas y puras fuentes, a beber en ellas lo que merece la pena y arrojar lo demás al canasto de los *Ripios clásicos* de Zozaya, en nombre de la racionalidad, del calor vital, de la acción y de la justicia.

Del estragamiento del gusto, hemos virado a la exquisitez de las arcaicas e impecables formas. Se diría que recientemente comienzan a ser comprendidas en la majestad de su sencillez. Descorrido el velo del arcano, los eternos dioses, a quienes solían motejar de momias, se yerguen robustecidos con nuevos glóbulos rojos, curados de las heridas de la falsa crítica con el dicitado de la ciencia moderna.

Los escritores juveniles anhelan—siguiendo las huellas de Azorín—desmenazar y propagar lo que sin desfloramiento, reparo y loa quedaba en la pasadas éras. Quieren perpetuar su nombre vinculándolo a la veneración de ayer, como el juvenil Juan José Llovet, que sembró rosas de leyenda y cantó con amor a Castilla ¹.

D'Annunzio intenta restablecer la tragedia helénica, dejándose de las miserias y sensualidades de su teatro decadente y afeminado; Rubén Darío, alejándose del «muy siglo dieciocho» y de las bisuterías de salón, añora los tiempos del Marqués de Santillana, de Juan Boscán y aun del seráfico Asís, y compone odas gigantes a la manera pindárica; Juan Ramón Jiménez se acuerda de la naturalidad de Jorge Manrique y de su profunda ternura, llegando a interesarse por los pobres animales y las sensibles plantas; Ricardo León revive, con fluidez y emoción, el misticismo de los Luises, la unción de Juan de la Cruz; y hasta Ventura García Calderón, en medio del vértigo de París, escribe hermosas cartas a Teresa de Jesús, la santa, la ardiente y la docta en los reinos del espíritu. El que se oculta con el seudónimo de *Juan de Hoznayo* lanza un formidable grito de guerra contra las impertinencias de la jerga en uso.

Enrique Gómez Carrillo—con la habilidad y gracia que son su lema—busca rosas de penitencia en la *Leyenda dorada*, consagra dulces remembranzas a las florecillas de Francisco de Asís y refresca la parábola de Jesús por las santas tierras de Jerusalén. Todos, en alas del arte, dirigen sus ojos al pasado, como en seductor crónicas, lo hace, con sutil filosofía, Antonio Zozaya, al comentar el minuto que se esfuma en el cronómetro de la vida real.

Góngora y Gracián son restablecidos en su buen crédito, reconociendo el estelionato que cometían quienes los relegaban al silencio o calumniaban la totalidad de su labor. En el dulce Garcilaso van hallando desconocidos primores.

Se ahonda, más que la rigidez gramatical, la intensa vida, el donaire, la elasticidad que los clásicos acertaron a dar al lenguaje, virilizándolo, combatiendo al natal pudrigorio. No es ya el ocioso espurgo de los dómines miopes de espíritu que se asustan ante un neologismo, sino la realidad del alma popular que reflejaron en el estilo amplio, los matices con que le vistieron, las voces familiares que acogieron, sin levantar por esto el ambón de la vulgaridad, porque hábilmente consiguieron lucir el faraón de lo nuevo y de lo viejo.

1 Más tu renacer empieza
serás Castilla otra vez,
y tornará tu grandeza
cuando Sancho sea juez.
¡Volverán días lejanos, etc.

Este resurgimiento es consolador después de la desorientación que tanto ha perturbado a claros talentos, que se metamorfosearon en disolventes, y a tantos firmes entendimientos que se trocaron en flamantes iconoclastas literarios. Regresa de su momentáneo destierro el sentido común, la belleza—para lucir su brillante efod—recobra su trono; tanto el lenguaje se amplía y atesora en la naturaleza, como por ella es aprendido, mas no por la férrea gramática, tal como muchos clásicos practicaron, revolucionarios de su siglo, de su idioma, de su raza.

Por boca de Taine, me complazco en repetir aquí las consoladoras frases de Michelet: «La antigüedad parece joven, dice, por su gracia singular y una profunda armonía con la ciencia naciente. Una sangre más cálida, una llamarada de amor viene a nuestras viejas venas con el vino generoso de Homero, de Esquilo y de Sófocles; y no menos viril que encantador, el genio griego guió a Copérnico y a Colón».

¡Hermosa concatenación!

Así, repetiría, por la centésima vez, que Virgilio es hijo de Homero, Fray Luis de León tanto de Virgilio como de Horacio, y que el autor contemporáneo de *La Escuela de los Sofistas* desciende directamente del moralista de la vida del campo, del poeta ascético de la noche serena: «tan netamente español en el sentir como en el hablar, la lectura de sus obras deja en incierto si es más castizo el fondo o el lenguaje; en todo caso, esta cabal conformidad realza el españolismo, tanto del estilo como del discurso», dice D. Antonio Maura y Montaner al sintetizar las obras de Ricardo León, de las que, agrega, que «dulzor de madrigales, placidez de égloga, efusión lírica, brío y cadencia de poema tienen las más de sus páginas narrativas».

Se abrieron paso con pasmosa rapidez y van triunfantes por los campos del ingenio.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Quito, 1915.

En torno a la guerra

¿Qué hace España?

Traduzco a continuación, con los comentarios que me sugiera, el trabajo que con este título ha aparecido en el diario de Bolonia, *Il Resto del Carlino*, del 27 de Junio, llegado a nosotros recientemente. El artículo lo firma el maravilloso literato y filósofo florentino Juan Papini.

Dice así:

I

«¿Por qué no se habla de España? ¡Pobre patria de *conquistadores* decaídos! Jaleamos Rumania—menos hermana, al fin de cuentas, de nosotros que el país de Lucano y Ercilla—y no decimos una palabra de la península occidental. Claro está que Rumania nos preocupa más por razones militares y políticas, demasiado conocidas, para que insistamos en ellas. Pero eso de cortejar, de

coquetear con las diplomacias caprichosas de los pueblos balkánicos, se parece demasiado a la vergüenza que ha tenido que soportar Italia durante diez meses. No era digno continuar así. Podía comprenderse y excusarse semejante actitud para una gran nación verdadera, para una potencia poderosa al fin y al cabo como Italia, ¡pero con las tribus de Bucarest y de Sofía! Dejémoslas tranquilas, y que hagan lo que quieran, que si al final, su gusto no coincide con el de los amos y vencedores, peor para ellas y no sabrán que hacer con sus garrotes. Esta famosa Rumania, admitiendo que tenga grandes ambiciones, no tiene grandes ejércitos y su valor en el momento es puramente militar.

En este silencio con relación a España—que vale tanto como despreciarla—hay su mucho de injusticia. España, quíerose o no, es la primera de las naciones a las que no llaman grandes los textos de las escuelas. Está en categoría detrás de Italia y la precede como extensión territorial. Hay poco más de veinte millones de españoles en algo más de quinientos mil kilómetros cuadrados. La desproporción que se advierte entre la población y el territorio, la hay también entre los habitantes y el ejército, que en paz tiene un contingente de ciento veinte mil hombres y en guerra apenas pasa del medio millón. Empeñada España en una guerra seria e invadido su suelo, espontáneamente se reforzaría. Los españoles son excelentes soldados, como lo han demostrado hasta la saciedad en la guerra de Marruecos, difícilísima como todas las guerras coloniales africanas. Lo sabe Francia; desde hace algunos años, lo sabe también Italia.

La desdichada guerra de Cuba causó grandes daños morales a los españoles. La derrota del Almirante Cervera encogió el espíritu nacional; eso nos pasó a nosotros también con Adua. Ahora se ha descubierto que los moralísimos Estados Unidos recurrieron a una superchería para meterse con España. Es que querían, a toda costa, anexionarse la isla pródiga en tabaco y azúcar, con vagas protestas de liberación. La guerra marroquí, aunque haya demostrado las cualidades de resistencia del infante, del cazador español, no ha dado ocasión a hechos de armas tan clamorosos que borren, en la memoria de Europa, las melancólicas derrotas de 1898.

Esta fecha—1898—también nos recuerda cosas tristes a nosotros, los italianos. Cualquiera dirá que se acercaba el fin de los latinos. Dos o tres años antes, Guillermo Ferrero había escrito para todos nosotros la oración fúnebre. «(Refiérese el autor al libro del historiador Ferrero, *La Europa Joven*, dónde se hacían tristes glosas para Francia, Italia y España—a España casi, casi se la *desprecia* en ese libro—tan interesante anecdóticamente como flojo cuando trata de hacer conclusiones... a la alemana.)» Para Italia y para España, comenzó en aquel año de humillaciones y desventuras el periodo de ascensión. Fortalecimos los huesos; vigorizamos el espíritu y el cuerpo. España, menos que nosotros, porque está enferma y es pobre; ¡no porque sea menos valerosa que nosotros, no!

Los italianos tenemos el deber de deshacer con relación a España el error en que cayó Francia con relación a Italia. La proporción allá se anda, pero deben ser más cordiales, más amorosas las relaciones. Nosotros hemos sufrido a cuenta de los franceses y los españoles sufren a cuenta de los italianos. Si Italia está más rica, más poblada, más poderosa, mejor defendida que la hermana menor, no debemos—como hizo con nosotros Francia—despreciarla sin conocerla, burlarse sin amarla.

No olvidemos, además, que España es la *única* nación de Europa donde la

cultura italiana reciente tiene una influencia que sólo supera la cultura francesa. «(Otro paréntesis. Cuello Calón, Pérez Oliva y, sobre todo, Dorado Montero han traducido e incorporado a la corriente española toda la labor de los juristas italianos—Garotato, Ferri, Carnevale, Sighele, Lombroso, D'Aguanno, etc.—D'Annunzio, Pascoli, Carducci son conocidos entre nosotros. Como los dramaturgos italianos actuales. Leopardi, Silvio Pellico, Manzoni son conocidísimos también. Del Dante, de *La vita nova*, han editado una soberbia versión los Sres. Montaner y Simón, de Barcelona. Emilio Castelar, Pedro Antonio de Alarcón, Miguel de Unamuno, Vicente Blasco Ibañez, han escrito páginas cariñosas sobre Italia. Yo, finalmente, he traducido y prologado libros de B. Croce, de R. Murri, de J. Papini.)» Los españoles nos conocen y nos estiman, no solamente, como los alemanes, por lo que hemos hecho en la Edad Media y en el Renacimiento, sino por lo que hacemos, escribimos y pensamos los vivos, en este siglo fresco y actual.

Há tiempo que se fundó en Roma un comité italo-español cuyo deber era, según la intención de los iniciadores, crear mayor intimidad entre los dos pueblos. Nada ha vuelto a saberse del tal comité. Estaba compuesto de políticos y no entraban en él, precisamente, los políticos que querían verdaderamente a España desde hacía muchísimos años, cuando nadie hablaba de ella y trabajaban por propagar el amor entre nosotros... «(Alude Papini a la ausencia de Croce, de Farinelli, de Beccari, de Schiff, de Prezzolini, en ese comité.)»

¡Pobre y querido país del Cid y de Don Juan, de Segismundo y de Don Quijote recomendado al celo de los adocenados de la Cámara popular!

II

No podemos prescindir de España como si no existiese. Nosotros, menos que nadie. Cierto es que desde hace algún tiempo España falta de los conciertos diplomáticos y que su infantería ya no es la mejor ni la invencible como en los tiempos de Carlos, como en los tiempos de Felipe. Pero, en la hora de ahora, en que todas las grandes naciones están empeñadas en una guerra que será verdaderamente el principio de una nueva historia, también las pequeñas naciones tienen su importancia. Ya lo hemos visto con Bélgica, con Servia. Ahora se habla de Suiza, de Holanda. Se trata de enzarzar en la contienda a Grecia, a Bulgaria, a Rumania. Hasta se ha hablado de la intervención de Portugal.

España es la más grande nación entre las pequeñas y nadie se preocupa de saber lo que piensa. Nadie, exceptuando, claro es, a los alemanes. Alemania estaba trabajando a España como trabajó en Italia. La hacienda alemana se ha extendido por allá y no ha abandonado sus posiciones. La propaganda ha aumentado durante los últimos años, para contrarrestar las simpatías francófilas del país.

Un Preziosi español podría escribir un libro para España análogo al que escribió el nuestro para Italia. Piensa por nosotros, según parece, un italiano de origen inglés: Roberto Murray.

Pensando en Portugal que es, desde hace siglos, una especie de sucursal inglesa, Alemania quería para sus juegos su base de iberismo. No pensaba mal del todo, que había su apoyo desde tiempo.

En España nadie pensaba en Gibraltar.

Los alemanes han resucitado el pleito y tratan de envenenar la llaga. Andan

demostrando en sus periódicos, estampados en castellano—El *A B C* y *El Correo Español*, por ejemplo—que Gibraltar es una espina en el corazón y en el talón de España, y, que desde el estrecho, Inglaterra no sólo es dueña del paso entre los dos mares, sino de toda la Península. Los germanófilos españoles han dicho, por ende: si la Triple Inteligencia quiere nuestra ayuda, que nos den Gibraltar y algo de Marruecos. De otro modo, nos conviene ayudar de tapadillo a Alemania y hacer unos cuartos con el contrabando. Luego, los alemanes prometen mucho porque nada cuesta prometer, especialmente a los alemanes. Prometen, si España queda neutral—o lo que es igual, en la práctica favorable a Alemania—no solamente Gibraltar, sino una buena tajada de Marruecos y todo Portugal. Para fortuna de los españoles, no ha muerto aún el espíritu realista de Sancho que prefería, a cambio de las islas que le prometió Don Quijote, algo bueno que comer. Con nosotros Alemania, en los primeros meses, nos ofrecía con largueza el oro y el moro: Córcega, Saboya, Argelia, Túnez, Marruecos, Marruecos también. Cuando se trató de comprobar las ofertas, el buen señor Bülow quería que nos contentásemos con un cachito del Trentino y con un bocadejo de Fiuli. El dominio de la tierra no es tan plástico, tan elástico, como el atlante de los pangermanistas.

Por eso, España no pica, ni picará. También en España la influencia alemana ha tratado de paralizar los verdaderos instintos del país. El marco ha hecho de las suyas en la tierra de la peseta enferma. El clero católico no duda de la victoria alemana. Un célebre español contaba hace días que un amigo suyo, sacerdote, le decía «*que si Alemania fuera vencida, dudaría de la existencia de Dios.*» La fe en la divinidad corre ahora a cargo de los ejércitos de Von Kluck y de Hindenburg. Temo que los clérigos españoles—si eso que se cuenta es verdad—no tardarán mucho tiempo en convertirse al ateísmo.

III

Pero los españoles que piensan de tan estúpida manera no son—para honra de España—más que la cola del pueblo campeador. La cabeza piensa, y como piensa, pues piensa de otro modo. Los mejores cerebros de España están con los Aliados, contra Alemania. Los dos únicos escritores conocidos que defienden a Alemania son Pío Baroja y Benavente. («Baroja, con ciertas restricciones, amigo Papini, Benavente...») Todos los demás, desde los viejos Ayala y Galdós (Pérez de Ayala es un muchacho, señor italiano) a los maduros *Azorin* y Valle Inclán, están con la civilización contra la Kultur, por los países libres contra los cuarteles imperiales. En ningún país del mundo, tal vez, se han escrito cosas tan fuertes y tan atroces contra las alemanadas, *il tedeschume*, como las de Miguel de Unamuno, el pensador que gracias a mí, comienza a ser conocido y leído en Italia. («Y gracias a Beccari, traductor de sus *Poesías*, de *La vida de Don Quijote*, etc. Y gracias a Cervesato. Y a los modernistas de *Rinnovamento*. Y a la revista *Rassegna D'Arte antica e moderna* que ha publicado el primoroso trabajo del Sr. Unamuno sobre el Greco, etc.») Vea, quien quiera tener noticias sobre este particular, su repuesta a la *enquête* de la revista *España* y el mensaje que envió a la revista *Iberia*, fundada recientemente en Barcelona.

En España han existido ciertas reacciones contra los afrancesados, pero nadie ha negado la comunidad de raza, la tradición cultural de que se nutre. La

influencia del arte y del pensamiento francés es—como en Italia—poderosísima desde hace más de dos siglos; la poesía, que parece vanidad de solitarios, tiene su valor práctico en los momentos de peligro. El espíritu se impone, al fin, mejor que las acciones de los Bancos.

Desgraciadamente, para empujar esta simpatía instintiva y tenaz, hay recuerdos y espinas en el corazón, que harían vacilar a D. Alfonso XIII si el ejército fuera más fuerte y hubiera razones urgentes de intervención inmediata. Con los ingleses hay algo más que el escollo de Gibraltar; la artillería del rey Jorge podría impedir, si quisiera, el encuentro de la flota española. Hay algo de rubor desde la guerra americana. Se cree en España que si Inglaterra hubiera maniobrado a tiempo contra la codicia yankee—desenmascarando, por ejemplo, aquella infamia de la explosión del *Maine*—Cuba hubiera sido la perla de la corona española todavía. Con Francia hay el pleito de Marruecos arreglado a la buena de Dios con una componenda que hizo creer, a la vuelta de mil tergiversaciones, en una mala voluntad francesa.

Por otra parte, Alemania ayudaría y permitiría la anexión de Portugal. Pero los españoles conocen bastante bien la ridiculez de la promesa alemana y no ignoran que Portugal no entraría de buena gana en su unión con España. Dos veces se unió a ella y dos veces se separó voluntariamente. España tiene bastante que hacer con la rica y descontenta Cataluña. Parece también que los alemanes han tratado de apoyarse en Cataluña, dispuesta siempre, por sistema, a decir que no, donde Madrid dice sí. Pero también en la noble Cataluña han cambiado los humores aunque las relaciones económicas con Alemania sean más intensas que en el resto del país. En los últimos Juegos Florales de Barcelona—que tienen todavía alguna significación espiritual en aquella tierra tenazmente regionalista—se concedió el premio de honor al poeta Apeles Mestres por una colección de poemas ferozmente antialemanes. Y desde los periódicos viejos como *La Veu de Catalunya* hasta las revistas nuevas como *Iberia* sostienen la buena causa, que hoy es también la causa de Italia.

No creo, pues, que el Sr. Vázquez de Mella, jefe de los germanófilos españoles, logre cambiar el espíritu de su patria ni que impida, si la ocasión y la necesidad se presenten, el cambio de la pacífica neutralidad de ahora. Mientras tanto, el Sr. Vázquez de Mella se preocupa de surtir de puercos a sus amigos alemanes. Corre por *España* la historia de una gran matanza de cerdos, comprados con el oro alemán de un alemán de Madrid y concentrados en Cangas de Onís, pueblo natal del mencionado Vázquez de Mella.

Alemania, finalmente, ha pagado 180.000 marcos por cinco españoles asesinados durante el bombardeo de Lieja. No está mal. Por ahora no debe pasar de pagar rumiantes y difuntos. No creo que los españoles vivos puedan pagarse a 36.000 marcos por cabeza.»

IV

Hasta aquí el artículo de Juan Papini. Aparte de ciertas inexactitudes insignificantes de detalle, es indudable que el autor está perfectamente informado de las cosas de España.

Naturalmente, su punto de vista es el de un italiano, o lo que es igual, el de un interesado directamente en la contienda. Tenemos, pues, que separarnos en algunas apreciaciones, de ciertos asertos formulados por el famoso autor de

El crepúsculo de los filósofos. Adrede, para no abrir demasiados paréntesis en el texto del trabajo periodístico del Sr. Papini, hemos dejado algunos comentarios, pocos, para el final.

A B C y *El Correo Español* no son periódicos alemanes escritos en castellano, sino periódicos españoles escritos y redactados en Español. Nosotros censuramos frecuentemente la anglofobia un poco inocente de esos dos diarios; nosotros nos hemos extrañados de una serie de nombres—Schneider, Azpeitúa, Armando Guerra—que han surgido en *A B C* así que se disparó el primer mortero sobre los fuertes de Lieja; nosotros hemos escrito en el periódico español, *Hispania*, que edita en Londres el Sr. Pérez Triana, los juicios más opuestos a la intervención del Sr. Mella y de los carlistas españoles, calificándoles de un caso insólito de ignorancia y de incultura. Con todo eso, esos diarios son españoles. Españoles de Madrid.

La intervención española en Portugal—se ha hablado mucho de ella, achacándola a manejos ingleses—sería siempre una locura. Todos lo saben en España. Pero mayor locura sería todavía esa aventura sobre Gibraltar. El apoyo de Alemania sería nulo; no es de creer que nos mandasen sus barcos en aeroplano. Harto tiene que hacer Alemania con defenderse a sí misma en este empeño de vida o muerte.

Sí. Con los aliados está la plana mayor de la intelectualidad española. Los germanófilos sin embargo se defienden a maravilla con argumentos de odio, extraídos de la cantera inagotable de la capa media intelectual española. Afortunadamente, esas huestes andan medianamente de conocimientos. Desconocen hasta las cosas más elementales—geográficas, políticas, administrativas, científicas—del país que se han empeñado en adorar.

Cierto es que Francia, mejor aún, que ciertos políticos franceses, Caillaux especialmente, nos han molestado en los incidentes diplomáticos de Marruecos. Pero Francia merece actualmente nuestra más fervorosa simpatía. Tartarín se va curando de sus ligerezas.

Si Francia, nuestra hermana mayor, se ha burlado de nosotros alguna vez, nosotros la deseamos hoy toda suerte de venturas en esta hora crítica que ella soporta con tanta dignidad y sin alharacas.

Finalmente. El artículo del Sr. Papini merece nuestra gratitud. Corresponde al afecto, a la estimación que sentimos por los italianos en España. Como nos conoce, como entiende a maravilla el castellano, como ha glosado con alto espíritu lírico algunos escritores nuestros—Santa Teresa, Cervantes y Saavedra—como ha escrito bellas páginas alrededor de algunas de nuestras leyendas populares—en torno a la figura de Don Juan Tenorio, por ejemplo—nos felicitamos de que el gran filósofo florentino hable con amor de los españoles y llore con nosotros los porrazos recientes.

Por ser él tan italiano es comprendido, íntimamente comprendido por los españoles. No tema, pues, Papini que nos compren los alemanes a 36.000 marcos por cabeza, ni los italianos por 36.000 liras, los franceses por 36.000 francos, los ingleses por 36.000 libras. Somos pobres ¡ay! pero hidalgos. Y cumpliremos con los dictados de la hidalguía, a pesar de las voces de los danzantes, en esta grave catástrofe que está deshaciendo a Europa.

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

Enigma

Por LOUIS HARANGER

El lago azul se riza, bajo el claro de la luna,
velando con la niebla la ribera y la duna,
y el aura vespertina, serena y silenciosa,
acuna el dulce sueño de la selva frondosa.

Con sus mágicos rayos, vagamente ilumina
la luna los borrosos perfiles desvaídos
de un castillo que, en trágica roca enhiesta, culmina,
tristemente añorando mejores tiempos idos.

Y en la extensión florida, una mujer morena
un canto extraño entona, bajo la luna llena...
¿Es la visión acaso de un espectro engañoso,
o es un girón de niebla flotante y vaporoso?

Destella en sus pupilas un fulgor atrayente,
y en su mano un anillo de plata deslumbrante,
y teje, con un copo de bruma, lentamente,
un sutil velo de hada quimérico y joyante.

Sin temor, fascinado mi espíritu por ella,
bajo el claro de luna, me aproximo a la bella;
pero se yergue altiva y con imperio exclama:
«¿vas a rasgar del tiempo la misteriosa trama?

Detente, audaz, y tiembla»—me dice, turbadora,
y luego, con un grito de burla, se evapora...
Y el campo queda solo, la medianoche suena
y un sollozo profundo mi corazón apena.

Que era esta imagen blanca la inconstante Fortuna
que tejía mi vida, bajo el claro de luna...

Tradujo:

ZACARÍAS YLERA.

El nuevo catolicismo

L'erreur dont ces vieilles pages sont imprégnées, c'est un optimisme exagéré, qui ne sait pas voir que le mal vit encore et qu'il faut payer cher, c'est à dire, en privilèges, le pouvoir qui nous protège contre le mal. On y trouve également enraciné un vieux reste de catholicisme, l'idée qui on reverra des âges de foi, où regnera une religion obligatoire et universelle, comme cela eut lieu dans la première moitié du moyen-âge. Dieu nous garde d'une telle manière d'être sauvés! L'unité de croyance, c'est à dire, le fanatisme, ne renaîtrait dans le monde qu'avec l'ignorance et la credulité des anciens jours. Mieux vaut un peuple immoral qu'un peuple fanatique; car les masses immorales ne sont pas gênantes, tandis que les masses fanatiques abêtissent le monde et un monde condamné à la bêtise n'a plus de raison pour que je m'y intéresse; j'aime autant le voir mourir.

Ernesto Renan, *L'avenir de la science*, Préface, X: París, 1890.

La magia de las palabras entra por mucho en el triunfo del espiritualismo. Los prodigiosos descubrimientos de la física moderna no han conseguido curar a nuestros contemporáneos de esta idea de que todo lo que es *material es grosero*. Las creencias infantiles de nuestros antepasados de la Edad Media son para muchos de nuestros congéneres infinitamente más sutiles que los maravillosos fenómenos de la óptica física y de la electricidad ¹.

Es cierto de todo punto lo que dice Le Dantec; nada hay que tanto sugestione al hombre como la palabra. El nominalismo no es tan disparatado como se cree. Quizá en todo hombre que busca la ciencia por la ciencia late un anhelo instintivo de dar nombre a diversos objetos; quizá toda ciencia no es más que «el arte de dar nombre a las cosas». Los superficiales franceses han dicho: *Le nom ne fait pas à la chose*. No es verdad...

Mas también hay que tener en cuenta que los científicos se dejan llevar demasiado de la magia de las palabras sonoras—progreso, ciencia, conquistas de la física—y esto es lo que yo llamo, acaso poco filosóficamente, el optimismo del librepensamiento. Este optimismo era el que advertía Renan al revisar en ediciones posteriores su obra juvenil, inflamada de sacro ardor, *L'avenir de la Science*. Este optimismo cósmico, esta facilidad de concordarlo todo y de armonizarlo todo, de arreglarlo todo y organizarlo todo—bien entendido, después de la definitiva desorganización,—de considerar el género humano como

¹ Félix Le Dantec: *Contre la Métaphysique, Questions de méthode*, p. 4. (Félix Alcan; Editor, París, 1912.

un Autómata que ellos moverán a su arbitrio, es lo que distingue muy singularmente a una turbamulta de gentes que a sí misma se llaman—un poco enfáticamente—librepensadores. Este optimismo hinchado, un poco pueril, un poco visible, un poco aparatoso, es—creo yo—lo que más daña a la causa del libre-pensamiento...

Porque bien está bucear en busca de la verdad continuamente y no descansar jamás en persecución de las nobles ideas y no adormecerse en un malsano *dolce far niente* sobre la almohada blandengue de las creencias recibidas en legado ancestral; pero creer que se tiene la verdad en un puño y compadecer a los que no han llegado aún a esa maravillosa posesión, no es muy legítimo ¡vive Dios!... Yo creo que de esa confiada y un poco insolente posesión presunta de la verdad, de este risueño y excesivamente confiado optimismo de los positivistas, y librepensadores, procede por lo menos una inclinación al idealismo visible en todos los conatos filosóficos modernos (Bergson sería un ejemplo eficaz) y aún cierto movimiento de retorno al catolicismo que se observa en muchos filósofos o simples *amateurs* de filosofía de la época contemporánea... Claro es que se vuelve al catolicismo... pero ¿cómo? con todo el lastre de positivismo aprendido en Comte y en Spencer o de escepticismo absorbido en Renan y en Schopenhauer...

Renan es muy especialmente el padre y maestro—acaso *sans le savoir* y tal vez *sans le vouloir*—de esta «vuelta de las cigüeñas» que cantó Vogüé con frase perdurable. Todos los literatos o *dilettanti* de filosofía que han retornado al catolicismo, han estado empapados y absorbidos de Renan. Basta citar Lemaître, Bourget, Barrès... (No cuento con Brunetière a quien no le era entrañablemente simpático el autor de la *Vie de Jesus* y a quien, según confesión propia, no *pâmaient* demasiado los talentos del bretón que a mí me parece sencillamente genial, el cerebro mejor organizado del siglo XIX) ¹.

Vuelven, sí, pero ¡cómo vuelven!... como vuelve un enamorado ciego por una mujer después de haberse cerciorado del primer engaño de ella, después de haber perdido la fe... Vuelven, sí, pero con una reserva, con un escepticismo, con una desconfianza, con un aire desengañado, en suma, con una amargura que les emponzoña lo que uno de ellos llamó «la necesidad de creer»...

En realidad, el catolicismo ha ido de día en día ganando terreno, pero de un modo absolutamente contrario al método que desean y procuran implantar sus adeptos fanáticos, los inquisidores sobrevivientes. Vive (podríamos decir si la frase no pareciera irreverente) *de prestado*; o como en Brunetière, utilizando las doctrinas de Spencer, de Comte y de Littré, con gran escándalo del Padre Grüber; o como en Barrès, cantando «la gran lástima de las iglesias de Francia»... no como predicador intransigente, sino como espiritualista enamorado, que utiliza aún al mismo Renan, cuando Renan, supo hablar en tono patético y doliente, velado por la leve gasa de ironía que puso en todas sus frases, del espíritu y de su visible influjo en el mundo...

Si leemos cualquier reciente escrito de Barrès, en el que transparece una adoración por el culto de los antepasados y por la conservación de las creencias de los padres antiguos como tesoro encerrado en arca sacra, veremos tan visible que no podríamos negarla, por muy mala fe que pusiéramos, la influencia de Renan.

¹ Léase todo el discurso de Brunetière: *Le génie breton* pronunciado en 1895 y recopilado en la última serie de los *Discours de combat*. (3.ª Edición; Librería Académica Perrin y Compañía; París, 1907).

Por lo demás, el mismo Barrés ha confesado lo siguiente; incluido en una carta escrita al erudito celta Charles Le Goffic, hablándole de la ruina de las iglesias bretonas. Nada más conmovedor que estas palabras sinceras de un católico cada día más tocado del antídoto de la gracia y que, sin embargo, no abandona sus viejas predilecciones al espiritualismo escéptico y sentimental de Renan, expuestas en aquel célebre folleto *Huit jours chez M. Renan...*

«La leçon du vieux clocher nous l'entendons toujours et en défendant les églises, les calvaires et les cimetières contre la haine ou la morne indifférence, nous sommes d'accord avec le vrai Renan, de qui nous sommes allés interrompre les songeries bretonnes; nous recueillons ce qu'il y a de plus vivant et de noble dans ce fils des Celtes chez qui sommeillait, légèrement voilé par les poussières de la vie et que dégouteraient profondément les grossiers iconoclastes et les ennemis de l'Esprit ¹.»

Por lo demás ¿quien que haya leído atentamente a Renan no está acorde con Maurice Barrés y aun llevaría más allá su afirmación? Renan, a quien se toma por prototipo del escéptico bien avenido con su escepticismo, llegaba a decir en el prólogo de su librito titulado *Ma sœur Henriette* frases tan decisivas como esta: «La memoria de los hombres no es más que un imperceptible vestigio del surco que cada uno de nosotros deja en el seno de lo infinito. No es, sin embargo, cosa vana. La conciencia de la Humanidad es la más elevada imagen reflejada que conocemos de la conciencia total del Universo. La estimación de un sólo hombre es una parte de la justicia absoluta. Así aunque las bellas vidas no necesiten otro recuerdo que el de Dios, se ha tratado siempre de fijar su imagen ².» En otro libro ha hecho aún afirmaciones más concluyentes: «El espíritu superficial que no ve el sentido divino de la vida ¿no es el ateo por excelencia? El hombre es religioso en el momento en que el sentimiento de lo infinito predomina en él sobre el capricho, la pasión o el placer esencialmente egoísta, y que es por consiguiente, la negación de lo divino, lo inverso de la religión. *Namque Deos didici securum agere cœvum* ³.»

Podrían multiplicarse los textos. ¿Rechazó nadie con frases más agudas e hirientes que las de Renan el epicureísmo fácil que predomina en Francia y que ha corroído antes de la guerra el alma de esa gran nación? No creo recordar frases más concluyentes que estas del *gran escéptico* sobre la filosofía mediocre y limitada de Beranger, símbolo de la mesocracia francesa. «Su dios de grisetas y de bebedores, ese dios en el cual se puede creer sin pureza de costumbres ni elevación de espíritu, nos parece el mito del *beocismo* sustituido al del antiguo sentimiento. Nos sentimos tentados a hacernos ateos para escapar de su deísmo y devotos para no ser cómplices de su *platitudo*; tanto que el cancionero ortodoxo de 1828 (tal es el camino recorrido por el espíritu religioso en un cuarto de siglo) nos parece ahora un impío y un filisteo a la par ⁴.» En otro pasaje decía más enternecidamente recordando a sus compañeros de Saint-Sulpice: «Hay en los cristianos y en los eclesiásticos respetables una bondad, una caridad, como ellos dicen, que no se encuentra en otra parte ⁵.»

Vive también—o por mejor decir, sobrevive—el catolicismo en Brunetière;

1 *Revue des Deux mondes*, tomo XXIX, año LXXXIV, 6.º Período; 1 Febrero 1914.

2 Ernest Renan-Henriette Renan: *Lettres intimes* (1842-1845), précédées de *Ma Sœur Henriette*. (7.ª Edición, Calmann-Lévy, Éditeur, Paris, 1896).

3 *Questions contemporaines*, pág. 475. (2.ª Edición, Paris, 1868).

4 *Questions contemporaines*, págs. 468 y 469.

5 *Lettres intimes*, pág. 398.

pero ¡de qué modo tan opuesto al que inspira la encíclica «Pascendi»!... Vive, pero utilizando toda la ciencia positiva y toda la filosofía espiritualista del siglo XIX, «al modo que se utilizaron las columnas alabastrinas de los templos paganos al construir las primeras basílicas cristianas», como dice con una de sus resplandecientes imágenes la doctísima D.^a Emilia Pardo Bazán en un admirable estudio sobre Brunetiére ¹.

Sobrevive... pero ¿cómo? ¡Cuán poco queda del fanático y orgulloso catolicismo de los siglos medios, sobre todo en nuestra España! Sobrevive exponiendo «las dificultades de creer» y entre ellas algunas tan poderosas como las del milagro ² y otras tan abrumadoras como las del nexo del cristianismo con las religiones antiguas, con la sabiduría india, por ejemplo. ¿Y cómo se salvan estas dificultades? Diciendo vagamente que «yo no creo que la verdad sea incapaz de evolución y aún cuando lo fuese habría al menos que conceder que el error no lo es sin duda.» ¿Es este hueco y sonoro verbalismo suficiente a allanar el camino?

¿Qué importa además sostener que la Iglesia es susceptible de evoluciones cuando la encíclica *Pascendi* viene a echar por tierra estos augurios o mejor, estas afirmaciones? Bien está decir con frase cálida en una conferencia de Amsterdam que la Iglesia evoluciona para que la Iglesia misma por boca de su vicario de Cristo en la tierra venga a desmentirlo ³. Mgr. Dupanloup pudo ser, si su criterio hubiese predominado en el Concilio Vaticano, el nuevo salvador del catolicismo. No se le quiso oír ¿qué hemos de hacerle?... La infalibilidad del Pontífice ha de ser el lastre, el peso muerto que la Iglesia llevará tras de sí mucho tiempo, el pecado que ha de expiar irremediamente; la falsa protesta siempre permanente del Papado contra la usurpación de su poder temporal y la elevación al trono pontificio del bien intencionado pero inepto Papa Pío X ⁴.

Con la renuncia explícita al poder temporal se provocaría acaso la misión de las Iglesias protestante y reformada, como soñó y no en vano sueño de utopía, el novelista alemán Gutzkow en su novela *El Mago de Roma* y como confirmaron los historiadores Lamprecht y Lichtenberg ⁵.

La unión de las Iglesias soñada por Bossuet, acariciada por León XIII y muy fomentada por ciertos teólogos alemanes, no se realizará por culpa de las intransigencias clericales; pero no importa. Lo interesante es que haya en el

¹ *Fernando Brunetiére*; por Emilia Pardo Bazán. (LA LECTURA, tomo II, págs. 121 a 133 y 227 a 239; año VII, Madrid, 1907).

² Todos los sonoros verbalismos de Brunetiére no contestan, sin embargo, a una sola de las dificultades expresadas de un modo sencillo, sonriente y algo irónico sobre el milagro por Ernesto Renan en el primero de sus *Diálogos filosóficos* ni a ciertas palabras admirables de H. Poincaré en *El valor de la ciencia*.

³ Véase el mencionado ensayo de Brunetiére sobre «Las dificultades de creer» en sus *Discours de Combat*. Dernière Serie; (3.^a Edición, Librairie Académique Perrin et C^o; París 1907).

⁴ No se tome a irreverencia ni desdén este modo de adjetivar el Pontífice ni puedo ser por eso incurso en excomunión. Mucho más católico que yo—ciertamente—era Joseph de Maistre y oíd cómo trataba a su papa contemporáneo, Pío VII. «Les forfaits d'un Alexandre VI sont moins revoltants que cette hideuse apostasie de son faible successeur... (Se refería al concordato y a la *entente* con Napoleón). Y añadía en un exceso de rabia: «Je voudrais que le malheureux pontife s'en allât a Saint-Domingue pour sacrer Dessalines... ce n'est plus qu'une polichinelle sans consequence»... Luego hace un juego de palabras grosero sobre su sotana color *pistache*. «Cela se prononce: *Pie se tache*. On se moque assez poliment d'un bonhomme qui en effet n'est que cela». (*Una lettera inedita del Conte Giuseppe de Maistre*, por el teniente coronel Ferrari, jefe de la Sección histórica del E. M. Italiano, Città di Castello, 1912).

⁵ Véase el libro de F. Dresch: *Le Roman Social en Allemagne* (1850-1900), cap. III, pág. 64 (París, 1913).

mundo unos cuantos hombres nutridos de savia cristiana, empapados de ideal cristiano y que se realice el augurio de uno de los personajes de los *Diálogos filosóficos* de Renan: «Jesús actúa y obra hoy mucho más que cuando era un galileo oscuro.» He aquí la posición que hoy debemos adoptar: la sombra de Cristo gravitando sobre nosotros...

¡Oh verdaderamente, el adorable Jesús de Nazaret, el hijo de Dios eterno es el cordero a quien se mata todos los días, a quien se mata desde la Eternidad, como dice la Escritura, *qui occisus est ab eterno!* Lo mataron una vez *en el tiempo*, en un determinado tiempo, los judíos de barbas ralas y gestos ambiguos; lo matan hoy diariamente los fariseos de todas las sectas, de untuosos modales y traidores intentos. Jesús es la eterna víctima propiciatoria que se ofrece a su Padre. Y en ese sentido nada más consolador que el dogma de la Redención, sino cayera por su base cuando se lleva a sus extremas consecuencias y se asegura con Calvino y con Lutero que no son necesarias las buenas obras para salvarse y que Jesús con su sangre nos redimió a todos, de una vez para siempre...

He aquí en que sentido el pesimismo cristiano, el dulce pesimismo de Jesús, debe corregir la temeridad pueril del optimismo librepensador. No bastan las conquistas de la ciencia, los progresos del espíritu humano, el glorioso avance de la libertad; es preciso que subsista la moral. Y la moral no subsiste sino está impregnada de cristianismo...; de fervoroso, sincero y evangélico cristianismo. Por eso la única figura verdaderamente moral de la época moderna, el único moralista verdadero que puede tener influjo en las masas, arrastradas demasiado aprisa y demasiado a ciegas por el optimismo libre pensador (que no saben adonde le conduce) ha sido León Tolstoi, el único consecuente, lógico, sensato pesimista y también el único evangélico, lógico, consecuente cristiano, pese a las excomuniones del Santo Sínodo...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

León, 10 Octubre 1915.

Cuentos de aldea y de montaña

PASIÓN

Estos inviernos últimos ya no nieva en los valles, o al menos, como dicen mis paisanos con una mueca despectiva, ya no nieva «de traza». Alguna que otra vez la mies se cubre, y las sendas se borran, y los árboles esqueléticos se encaperuzan, y el río acalla su rumor entre la guata recortada de las márgenes, y el caserío duerme por unas horas el sueño cándido de las leyendas de Noel. Pero el manto es bien tenue, y un poco de sol o un airecillo blando le desgarrar y le deshace en poco tiempo.

Aquellos grandes «nevazos» de años atrás, cuando «jaropeaba» sin interrupción uno o dos días, y helaba encima y volvía a nevar y a caer

hielo; cuando en los caminos había que abrir paso a golpe de pala y de azadón, y las vacas se estaban presas en la «corte» mugiendo acobardadas, echando vaho turbio y mirando con sus ojos tristonos y húmedos la blancura de fuera; cuando los lobos bajaban de anochecido a las aldeas y dejaban sus huellas en los mismos corrales; cuando la masa de la nieve se iba licuando gota a gota, hasta empapar la entraña del terruño, para remanecer en el estío... aquellas fiestas de color y de luz en las noches de luna o al destelleo de un sol claro, aquello no ha vuelto. Yo no sé qué groseras fealdades, qué ofensiva mancha debió encontrar la nieve en estas tierras bajas, que ahora no gusta de descender a ellas y se queda en su reino, altiva y hosca. Su reino está en los Picos.

Los copos no son allí esos gnomos danzarines, inquietos, vagabundos, mimos de mariposas, que caen ingrávidos bailando un ceremonioso minué. Son torbellinos, rachas, punzadoras saetas, maretaos que el huracán empuja contra las cavidades del macizo cubriéndolas de un golpe. Algunas turbonadas traen también truenos y relámpagos, y ese ulular fatídico del ventarrón nocturno en los descampados de la altura, que tantas y tan medrosas voces tiene.

Luego, en la calma, en el raso de las heladas y en las horas de sol, los menudos cristales muerden la roca, la socavan, la agrietan; labran en los lastrales cortantes surcos —esos mapas extraños que son la penitencia del turista estival, porque en ellos se hiere pies y manos;— buscan la oculta vena de las aguas, y hacia ella envían sus caudales en un viaje prolongado y quimérico por encantadas galerías de piedra, vírgenes de indiscretas miradas de la luz...

Pasó hace muchos años, pero aún se cuenta en las cocinas, en las hilas de la invernada, cuando los tertulios que llegan de la calle friolentos y querenciosos de la lumbre dicen que el tiempo está «cociendo nieve».

Aquel año en las minas de Ándara se había trabajado hasta muy tarde. Iban pasados ya Todos los Santos, y aunque la mayoría de la gente suspendió las tareas hasta mayo —sobre todo los mozos, ávidos de expansión en la feria de Potes,— como había nevado poco y el ábrego solía asomar por Peña Prieta para barrer la nieve y despejar las nubes, varias cuadrillas de mineros siguieron ganando sus jornales. Mas, de improviso, el tiempo «dió una vuelta» y un temporal deshecho descargó en la comarca.

Los más prudentes y avisados de los trabajadores cogieron sus hachos en las chavolas, aseguraron las fuerzas en la cantina con las rebañaduras del abasto, y echaron a andar hacia sus casas despeñándose por graveras y «canales», o chapoteando por la carretera bajo el agobio de la «cellerisca» desatada. Hubo unos pocos, sin embargo, o más necesitados o más audaces, que tras de inventariar los víveres y consultar por mera fórmula el cariz del cielo, en el que todo auspicio era legible

para el día siguiente por amenazador que fuera entonces —¡pues apenas si ellos se tenían sabidas las veleidades climatéricas de los Picos de Europa!— decidieron quedarse algunos días más. Después de todo, mientras la nieve cayese junta con tanta agua como estaba cayendo, no era muy de temer.

Eran cinco, capataz uno de ellos. Bajaron animosos a las galerías de La Inagotable y se pusieron, como de costumbre, a arrancar mineral. Se encontraban a gusto entre las sombras. Dijérase que sus brazos tenían vigores nuevos, que era gimnasia fácil el golpear del picachón contra la veta, y que hasta los candiles avivaban sus llamas, aquellas pupilas de la roca caliza, de un resplandor lívido en tales angosturas. Un cantar nació en uno de los agujeros, aplastada, sorbida por la tierra la voz del hombre, y fué señal para que todos cinco cantasen descuidados.

Pero el cantar cesó. Una fatiga prematura, una inquietud extraña e inconfesable les fué invadiendo uno por uno. Fingían asombro cuando el reloj, sacado del bolsillo con frecuencia, les demostraba que el tiempo iba despacio. Al fin, dejándose vencer de su preocupación, se preguntaban a sí mismos:

—¿A dónde llegarán los compañeros?... ¿Qué pasará allá arriba?...

La jornada fué larga. Una sospecha temerosa les decía que el agua-nieve de antes era ya sólo nieve. El capataz, que marchó en busca de un poco de comida a la chavola, les diría lo cierto. Y el capataz dijo que nevaba bien, pero que aun no cuajaba sino en las hoyadas, y que a la vez llovía fuerte.

Fué esto, o el refrigerio, lo que les confortó por un instante; mas después la faena se les hizo penosa. ¿No era quizá más sutil, más penetrante que nunca la humedad que rezumaba de los cortes? ¿No era frío frío verdadero, el hálito que llegaba de los pozos y de las grietas de la bóveda?... Como ninguno quería decir nada que delatase el desaliento de su espíritu, hubo que esperar a que el capataz, prevalido del cargo contra posibles ironías de los otros, se atreviese a decirles que era la hora de salir.

Cuando se vieron fuera, anocheciendo, la nevada iba en auge. El miedo se les subió a la boca y alguien dijo lo que todos pensaron: había que marchar. Asintieron los cinco. Ya no era prudente, dada la estación, el esperar un cambio que no empeorase el aislamiento.—«Cuanto sí más, que no son caminos andariegos los que llevan a casa.»

Bien dicho estaba. Pero si urgía el irse antes de que la situación fuese «a mayores», sería temerario emprender la caminata ya de noche, a ciegas entre los ventisqueros y con la asperísima Canal de San Carlos por remate. ¿Y a qué pensar en otras rutas—por el Dobrillo y Bejes—si eran mucho más largas y por tanto, en aquella sazón, tan llenas de peligros? No había otro remedio que esperar al nuevo día, tal vez espléndido.

Cabizbajos entraron en la chavola para dormir y calentarse. Hicieron la hoguera, se cambiaron las recias botas claveteadas por los es-

carpines, dieron un vistazo a las «albarcas» para mudarlas los tarugos y reforzarlas algún «peal», y hasta dejaron listas las «jateras» de ropas y condumio... Pero dormir... ¿quién tendría sosiego para lograrlo?

Atendían el trágico silencio del ambiente, daban vueltas y vueltas en la tarima del camastro, dejando escapar suspiros y reniegos. Y de rato en rato, uno salía a rastras, y entreabriendo la puerta oteaba en la oscuridad... Era inútil; la cerrazón no permitía ver. Había de sacar el cuerpo fuera y sostener un brazo a la intemperie ¡Y seguía nevando, nevaba siempre!...

Entonces era la agitación del ánimo tembloroso, iracundo contra la propia irreflexión; y el acordarse del hogar apacible, allí abajo, tan cerca —¡tan cerca y tan distante!— salvado el desnivel profundo de mil metros. ¡Cuando querría amanecer, Señor!

Desvelados, calculando la proximidad del alba en los relojes, salieron todos fuera. Había cesado de nevar y un claror lechoso se extendía entre las cumbres de Samelar y de San Carlos. Ambos picos, y todos los que bordean aquel anfiteatro gigantesco —Mancondío, Valdominguero, Pico Fierro, el Grajal— se veían tapizados de blanco en los relieves. Abajo, en la hondonada, a un tiro de ballesta, el «casetón» de las minas, cerrado y como encogido bajo la pesadumbre de su nevado capuchón. Y las depresiones del terreno disminuidas, suavizadas, marcadas apenas por el desnivel de los «neveros».

Bien triste y pavoroso era el amanecer para los cinco hombres. Se santiguaron todos y echaron a andar prestos, no sin armar los «barajones» atándose una tabla bajo los tarugos de las madreñas, y requiriendo cada cual su «regatón» largo y ferrado. Para salir de la cazuela de Ándara, rumbo al oriente, tenían que bajar primero hasta la mina del Hoyo de la Marrana para después subir hasta San Carlos. Arrojando una piedra casi se salvaba la distancia, pero a ellos les costó mucho tiempo y cansancio, aunque eran hombres rudos.

En su andanza torpe, iba primero el regatón midiendo el calo y después lentos, perezosos, aquellos pies absurdos de plantígrados.

El aire estaba calmo: el cielo ceniciento como un borrón de difumino. Un grupo de rebecos que viniera al aguaje, trepaba a los escarpes con demoníaca agilidad. Los viajeros, de vez en vez, se frotaban las manos con puñados de nieve.

Al llegar al alto de San Carlos, en la collada, su esperanza postrera se extinguió. El panorama espléndido de Liébana, tan prodigioso en su policromía y en su riqueza de detalles cuando le contemplaban en las tardes ociosas desde aquel tajo colosal, estaba blanco todo —de un blanco sucio en los hayedos y encinares— como los muertos valles de la luna. El temporal no había sido como otros, de nevada en los altos y lluvia torrencial abajo. ¿Qué desventuras no les acecharían hasta llegar a los lejanos lares, apenas señalados en lo hondo por azuladas humaredas?... Abatidos, yertos, dirigieron la vista en muda invocación a Peña Sagra, buscando el repliegue donde se alza el santuario minúsculo de la *Santuca*, la Virgen de la Luz...

La Canal formidable, garganta pendienteísima sobre un lecho de movediza grava, fué un calvario sin fin. El pedregal descendía con ellos y les sepultaba en los aludes. Unos a otros habían de ayudarse para pisar en firme y para salir de los atolladeros. Piedras y hielo, en avalanchas, les cogían de través y les doblaban las rodillas, tumbándoles.

El frío aumentaba por momentos. Los músculos perdían elasticidad y era inútil la friega con la nieve, que dolía como una cortadura. Los más robustos daban fuertes voces y bufaban estrepitosamente para entrar en calor. Uno, más débil y cobarde, con el terror pintado en la mirada, temblaba como una hoja y ni andar podía.

—¡Rayos, Nisio! ¿Qué tienes?

Se entregó el pobre hombre. Bien podían dejarle atrás y seguir ellos, Él ya no tenía fuerzas para arrastrar las «patonas», sus dos piernas pesadas como troncos. Los pies, tronzados de tirar por las abarcas, ya no le sostenían. El rostro le dolía como una llaga con sólo aplicar un dedo a la epidermis. Y un frío cruel, un frío interior, le oprimía el pecho y le iba ahogando. Se sentó en un pedrusco.

Estaban en la Gárgola, al fin de la canal. Un arroyo copioso que allí surge rompió el silencio del paraje con una bronca voz consoladora. Los compañeros iban delante y de cuando en cuando se paraban para ordenarles con rabiosos gritos que siguiesen. Pero aquel desdichado ya no quería andar ni apoyado en su amigo. A rastras hubo de llevarle hasta unas peñas enormes, aisladas a la vera del camino, y junto a ellas le acostó y le dió friegas de cabeza a pies, sin reanimarle.

Entre la nieve buscaba en vano el cirineo algo de leña. Los otros tres, ya entrando en el monte de La Braña, voceaban aun. Calculó. Entre ida y vuelta le llevaría tres cuartos de hora, acaso más. Con aquel piso no podría subir un mal «brazo» de ramas. Llegaría tarde. Porque Nisio ya hipaba, asfixiándose. «Triscó» los «regatones, deshizo la «jatera» y juntó unos papeles y unos trapos. Le puso a todo una cerilla y prendió una fogata mortecina y breve en la que en vano quiso tostar al compañero...

Le vió morir —una agonía horrible— y él cayó en estupor de insensibilidad. Pero sintió muy luego el frío criminal en las entrañas. Miró hacia el sol, que declinaba ya, y hacia el camino. Aun faltaba un buen trecho hasta Ullances, las praderías que dominan a la mano siniestra los pueblos más próximos, Colio y Viñón, y a la otra mano Argüébanes. Y él no podía andarlo: ¿para qué hacer intento? Una fuerza invencible y angustiosa le tenía allí fijo, mirando a aquél cadáver que le había contagiado su mal...

Saltó el viento. El «cierzo» enredó su cendal en los picachos. El torrente bramaba monótono. El minero, ya inerme, con la obsesión incontrastable de la muerte, pensó que aquel hermano suyo le había enseñado a morir. Y él se había aprendido la lección.

Se acurrucó al socaire de la peña, y mirando al muerto con ojos alucinados esperó su hora.

Nocturno castellano

En la noche fragante la ciudad se ha dormido
bajo el manto de plata que la luna ha tejido
con sus hilos de luz.

La ciudad en reposo, parece una sultana
que escucha con deleite la música lejana
de un laúd.

En una vieja plaza, ungida de misterio,
con notas de salterio
una fuente gotea,
y bajo las arcadas de los porches sombríos
rumorea
muy quedamente el ritmo de pasos perezosos.

Un reloj da las doce. Las fuertes campanadas,
solemnes y pausadas,
con su voz de metal,
al cruzar vibradoras el nocturno estival,
son lo mismo que raudas palomas escapadas,
que fueran persiguiendo un remoto ideal.

Es la noche propicia al amor y al ensueño;
el corazón se embriaga con el suave beleño,
de perfumes que el campo a la ciudad envía,
como una casta ofrenda
de amor y poesía
que hace a la bien amada un galán de leyenda.

Con su grave silencio las tortuosas callejas
evocan en la noche románticas consejas,
historias y amoríos,
de hidalgos caballeros que, a punta de tizona,
en bravos desafíos,
supieron conquistarse favores de infanzona.

En el huerto olvidado de un convento ruinoso,
entre viejos rosales, entona melodioso
su canto un ruiseñor,
y en sus líricos trinos,
sonoros y perlinos,
hay la rara fragancia de una trova de amor.

En la noche hechizada de misterios de luna
se advierte como una
dulce reminiscencia de un pasado lejano,
donde palpita vivo
el espíritu recio del pueblo castellano
que ni puede agotarse, ni quiere ser cautivo.

Sahumada mi alma con tan grata añoranza,
en el silencio augusto columbra una esperanza
de amor y redención...
¡Madre, augusta, Castilla:
aun pueden tus entrañas germinar la semilla
de la liberación,
si los hijos del llano, de rudo y noble fondo,
empuñando la esteva para arar mucho y hondo,
en el alma y la tierra aran sin compasión!

JESÚS PÉREZ

De la Salamanca clásica

Un grado solemne

Era un grado de doctor, *con pompa*, la más acabada expresión de la fastuosidad: cuadros pintables, todo color y luces, el *non plus ultra* del ritualismo y del énfasis.

Todo estaba dispuesto y previsto en un curiosísimo *Zeremonial sagrado y profano* que para gobierno y ordenación de difíciles ceremonias compuso el doctor Bernardino Francos Valdés, Colegial del Militar del Rey y Catedrático de Vísperas de Leyes, en el siglo XVIII, en el que compendia todo lo que al régimen de la Universidad estaba vigente en el siglo XVII.

No se graduaba sólo un aspirante por lo excesivamente costosos que resultaban los festejos, profanos y académicos.

Precedía a todo un «Claustro de Cancelario» en el domicilio de éste, y que servía de presentación oficial. A la puerta de la casa, de cuyo balcón pendía una de las colgaduras con las armas pontificias, de la Universidad, salía el Secretario y en alta voz llamaba a los que pedían el alto honor del grado.

Entraban todos y, bonete en mano, anunciaban al Cancelario tener ya aprobados los grados inferiores y cursos de pasantía prevenidos en Estatutos y en nombre de todos el de más edad pedía la venia con estas palabras: «Gravíssime et sapientíssime Patrone, te etiam atque etiam oro....

El Cancelario sentado aceptaba la presentación hecha por el padrino nombrando un comisario de tasas, otro de cena y otro de colaciones.

Tiempos felices en que había tiempo para todo, para atender a la gravedad académica y a los menesteres culinarios.

Quedaba señalado el día de Capilla y salían de la casa por orden de antigüedad graduandos, padrino, Secretario y pajes.

El secretario daba aviso al Maestro de Ceremonias y éste citaba a toda la Universidad, indicando a los maestros más modernos la hora en que habían de dar puntos a los graduandos.

Estos ocupaban el resto del día con la ceremoniosa petición al Cabildo, de campana y estrados, para lo cual habían de estar en Coro y tomar asiento entre la última dignidad y el primer canónigo, y prestar juramento.

El Maestro de Ceremonias previene al graduando para que se provea y pese el azúcar que ha de repartirse entre los doctores y graduandos.

No era este detalle insignificante, pues al Rector, Maestrescuela y Comisarios había de darse 24 libras a cada uno, y a los demás 14 libras y 10 onzas.

El Secretario a su vez avisa al Sacristán de la Catedral para preparar la Capilla para el día de puntos, que es el anterior al encierro en la de Santa Bárbara, y que se toque la *campana gorda*.

La capilla se adornaba poniendo a la puerta de afuera, a la derecha según se entra, una mesa con tapete negro para dar puntos. Dos velas se encienden en el altar, y al centro de la Capilla dos hachas que el graduando regala.

Todo previsto, al toque solemne de la campana, iban los graduandos, Cancelario, Maestro de Ceremonias y Secretario con tres doctores modernos a la Catedral y asistían a una Misa mayor.

Acabada ésta se acercaban todos a la mesa, sentándose en una poltrona el Cancelario.

El Secretario sacaba de una alacena próxima los libros de la Facultad correspondiente y el graduando juraba *no tener comunicado el punto*. Daba el Cancelario su bendición a los libros, se quitaban de éstos los registros que fuvieran y daba el Secretario tres *piques* o cortaduras terciando el libro, y donde se picaba se ponía un registro.

El Cancelario lee los puntos y el Maestro de Ceremonias lleva el o los graduandos al altar que estaba en el Claustro junto a la puerta de la capilla, y de los dos libros eligen los graduandos el punto, título, causa o distinción que más le plazca.

Eran los libros: para canonistas las *Decretales*; para legistas el Digesto viejo y los 9 libros del Código; los teólogos en el Maestro de las Sentencias; los médicos, los aforismos de Hipócrates y el Arte de Galeno; los artistas la Lógica de Aristóteles y los ocho libros de los Físicos.

El Maestro de Ceremonias asiste a ésta con báculo, y no parece que haga aquel día otra cosa.

Conviénese la hora de la capilla, y se despiden hasta ella.

Día de gran ocupación éste para el Maestro de Ceremonias, que ha de ir, por la tarde, dos horas antes de la fijada, para poner en orden las cajas del azúcar y las garrafas del refresco, en la Capilla del Canto y previene a los botilleros que estén frías las bebidas para cuando llegue la Universidad; va después a buscar al graduando y a dar la hora e itinerario al atabalero y trompetas.

Llegada la hora solemne del refresco, con que comienza todo en académicos actos, entra la Universidad guardando orden perfecto y gravedad como quienes van a cumplir grave misión.

Comienza el primer acto, recorriendo linterna en mano el Maestro de Ceremonias acompañado del doctor más moderno y del Alguacil, el claustro, imponiendo silencio y expulsando a los curiosos; ciérranse las puertas y se entregan las llaves al Cancelario marchando, todos a la Capilla de Sta. Bárbara.

Colocado el Cancelario al lado del Evangelio, ante mesa con tapete rojo y con almohada a los pies, siéntase la Universidad, salen graduandos y padrinos y al volver a entrar hacen profunda reverencia.

Se sienta el graduando en la última gradilla del altar sobre almohada y alfombra.

Puesto el reloj de arena, dice el Cancelario: «*Incipiatis pro primo*», y comienza a leer el aspirante pidiendo venia a todos, invocando en su auxilio todos los santos del cielo.

Tiene entonces la capilla aspecto reverente. La tumba que en el centro existe cubierta con un tapiz, dos velas encendidas a sus lados, toda la capilla entapizada y sobre el altar dos cajas cubiertas con tafetanes y en ellas guardados los *A* y *R* para la votación.

El Cancelario dice *Satis* cuando la arena del reloj ha caído y salen los graduandos como entraron, haciendo reverencias, yendo a la sala capitular.

El Maestro de Ceremonias pide al Cancelario hora para la cena, y no otra cosa están todos deseando.

Vuelve la comitiva a la Capilla del Canto, convertida en capilla *restaurant*.

Todo allí está preparado.

Una mesa también para doctor, Cancelario y Padrino, cuatro mesas a la larga, perpendiculares a aquella.

Al lado de cada cubierto dos jarras con agua y vino; las velas que lucieron en la lección delante de cada plato, y una rosca de pan con leche para cada comensal.

El Maestro de ceremonias ha recorrido con atención las mesas para ver si falta algo.

Nadie desdobra su servilleta hasta que lo hagan los señores de la mesa traviesa.

La ensalada está servida.

¡Pero qué ensalada!—Ha de ser aderezada, según Estatutos y bue-

nas costumbres, de diferentes géneros de fruta o de hortaliza, aceitunas, confitones, grajea, guindas en conserva, huevos y otros géneros que componen una ensalada real.

Los ministros están en pie, sin espada, «para que estén más ágiles al servir, y mirando de través».

Detrás de la presidencia tres pajes en hábito largo.

Después de la ensalada se sirven huevos en guiso variado; un plato de caza de la mejor del tiempo; un plato de jigote de ave con lonjas de tocino, chorizo, trozos de gazapo, de ternera, ruedas de limón y otros aderezos semejantes.

Luego el pescado, salmón, truchas o anguilas.

Este plato es doble para la presidencia, como también los siguientes, de roscón, huevos moles, plato de dulce en conserva, y cubiletes.

Finalizaba la comida con postres del tiempo, queso, anises, media libra de dulces secos a cada uno, obleas y palillos.

Al concluir los bedeles menores recorrían las mesas, sirviendo vino blanco para lavar las manos de los Doctores; al Cancelario, el Bedel mayor.

Se había de estar a todo con mucho silencio y respeto «con que todos deben mirar un congreso de tanta gravedad».

Van otra vez a la capilla, cenan los ministros en tanto «de lo mismo que los señores» y comienza el segundo acto, que poco se diferencia del primero.

Jura el graduando; da la venia el Cancelario, lee aquél y al *Satis* termina su oración.

Arguye entonces el más moderno haciendo arenga si es la primera vez, van presentando dificultades cuatro doctores, *sub eadem venia* y al decir *dixi* el último que resuelve las dudas, réplicas y contraréplicas, concluyó el acto.

Argüis eleganter, dice a todos el graduando, que irá después a dar gracias ante el altar de Nuestra Señora de la Estrella.

La Universidad, en tanto, jura aprobar o reprobar en justicia.

Primero jura el Cancelario en manos del Secretario, a la voz de «*Vos Domini juratis*».

Reparte las hachas el Secretario y todos van depositando en las orzas, negra para los R. R. funestas y dorada para los A. A. felices, los *agallos*.

Inmediatamente se reparten las propinas remuneradoras.

Hecho el escrutinio, aquella noche no se publica el resultado «por los inconvenientes que puedan ofrecerse».

Y salen los señores cada uno con una vela en la mano, menos el Cancelario que lleva dos una en cada una, y se toma hora para el día siguiente y se toma también una limonada con bizcochos que en salvilla habrá prevenida.

Congrégase el día siguiente la Universidad en el mismo sitio, pero con insignias y mucetas de gala; pide licencia para entrar el graduando,

que habrá ido si es Legista, canonista o médico, precedido de chirifmías y si teólogo de atabales, y el Cancelario pronuncia con solemnidad el *Aprobatus*, previniéndole que debe dar a todos gracias, prestando largo juramento al nuevo doctor.

Es entonces cuando éste pronuncia su arenga latina, haciendo constar que ha sido aprobado por benignidad y no justicia, y termina con un humilde *Peto gradum* que le confiere el Cancelario con su elogio cumplido y cortés, *autoritate pontificia et regia que fungor*, que recibe el graduando de rodillas, saliendo todos abrazándole y disponiéndose a los festejos profanos, corridas de toros, iluminaciones y bailes ante la casa del nuevo Doctor, que cuida de poner un *vítor* en la fachada.

Bien se ve por todo esto que la antes gloriosa Universidad de Salamanca conservaba en tiempos de decadencia los ritos; perdido el *bouquet* al menos se guardaba la botella que en tiempos más gloriosos encerró elixires de sabiduría...

MARIANO D. BERRUETA.

La excitación y la depresión¹

Els gats de la Vila

La excitación es conocida por todo el mundo, todos hemos pasado por ella y todos hemos visto además hombres excitados, sólo que la excitación de que aquí hablamos no es ese estado complejo llamado vulgarmente rabia o cólera, sino esa mera actitud o disposición que viene a ser como el terreno abonado sobre el cual han de caer las representaciones para que rabiemos y nos encolericemos.

Es decir, ese estado de ánimo en que están las personas cuando todo les molesta, y por la menor cosa se exaltan.

Tal actitud consiste en un aumento de las funciones de la vida, y en este respecto se parece a la alegría; pero se distingue de ella en que el aumento que proporciona la alegría es gradual y tonifica, mientras que el de la excitación es brusco y tiene que perjudicar. El hombre excitado hace las cosas de prisa, como el que está contento, pero se atropella y acaba por romperlas y firlas.

Un ejemplo tomado de la Medicina pondrá en claro la distinción que queremos establecer entre el aumento de la alegría y el de la excitación.

Los médicos antiguos pensaban que las drogas que propinaban a

¹ De la obra próxima a publicarse: *Los Sentimientos y las Emociones*.

sus enfermos no podían surtir más que uno de estos dos efectos: o aumentaban las fuerzas del organismo o las disminuían; pero las primeras, decían que debían dividirse en tónicas y excitantes, según que el aumento de fuerzas fuera hecho de un modo gradual, cual acontece con los llamados reconstituyentes; o tal aumento fuera llevado a cabo repentinamente, siquiera fuera de un modo efímero, cual acontece con la excitación del alcohol.

Pues bien, esta misma distinción queremos establecer nosotros entre el sentimiento de placer y el de *excitación*. La actividad que nos hace desplegar el primero es tónica y no puede perjudicar el organismo, porque se ajusta a su paso, mientras que la del segundo violenta la máquina acarreado bien pronto, no diré su destrucción, porque la máquina humana se recompone sola, pero sí su fatiga y agotamiento que en este caso se manifiesta por la *depresión* o aplanamiento, que es el sentimiento opuesto al de *excitación* que venimos estudiando.

Quien quiera comprobar cuanto venimos diciendo, no tiene más que observar el estado producido por el uso inmoderado del alcohol, y verá cómo el borracho pasa de la extrema *excitación* a la *depresión* más profunda sin detenerse en ese término medio, estado en el cual nos detenemos al pasar del placer a la pena, y que se llama vulgarmente de indiferencia, y en *el caló* científico, cero afectivo.

Cada cual puede consultar su experiencia. Si se embriagó alguna vez no tiene que preguntárselo a nadie; sino, no le han de faltar modelos. Yo contaré aquí la vida de dos borrachos *impenitentes* llamados los *gats* que conocí en mi niñez, allá por mi país.

Eran los *gats* dos hermanos gemelos que después de haber navegado durante su juventud en barcos de gran calado por todos los mares del globo, al faltarles las fuerzas fueron rehusados por los navieros y armadores, y obligados a trocar aquella peligrosa profesión de alta mar por la de pescadores costeros. Pero como al mismo tiempo les iba faltando la vista, véanse también rehusados por los patronos de bou y sardinal, que los empujan hacia ese asilo de inválidos del mar que se llama «el copo», y así, de empujón en empujón hasta dar con su cuerpo en la más espantosa miseria.

En esta situación los alcancé yo hace cuarenta años, y parece que fué ayer, por lo impresa que quedó en mi memoria su manera de vivir.

Levantábanse en todo tiempo al amanecer, calábanse el estrovo a estilo de bandolera, y con los pies descalzos y el cuerpo cubierto de andrajos, dirigíanse uno tras otro callados y macilentos hacia la playa a tirar del copo.

A media mañana véfaseles volver de su trabajo y subir la calle del Mar arrastrando los pies; desfallecidos, apoyándose con la mano izquierda en las paredes y el brazo derecho puesto en arco para sujetar contra el pecho aquel pedazo de sombrero donde traían la parte de pescado que les habían asignado como fruto de su labor.

De esta suerte subían todas las mañanas del año aquella empina-

da cuesta de la calle del Mar hasta llegar al mercado en donde vendían su mercancía, y con el producto compraban pan, cebollas y vino con que volvían a casa a reparar sus agotadas fuerzas.

A la media hora habíase cambiado por completo la decoración: El zaquizami donde habitaban solos y tristes, se había trocado en la más alegre de las mansiones; por la única ventana que tenía se oían guajiras y tonadas aprendidas sin duda en sus mocedades de grumete por las más remotas costas, y mientras uno tarareaba o silbaba aquellos aires exóticos, el otro imitaba al mastín o al gozquecillo faldero, y para que nada faltase en aquella Arca de Noé, de vez en cuando rasgaba el espacio un maullido que, lanzado por uno de los mellizos, era contestado invariablemente por el otro, como indicando que la gata no era indiferente a tal pasión.

Y así, mientras vaciaban la bota, solían reproducir toda una escena amorosa entre dos gatos, que servía de indicador a la vecindad para saber que ya estaban borrachos, escena tan maravillosamente imitada que les valió el sobrenombre de los *dos gatos* con que el pueblo los bautizó y yo los entrego a la posteridad.

Apurada la bota solía cesar la función, pero como los chicos de la vecindad no nos conformábamos, empezábamos a mayarles desde las casas contiguas, porque sabíamos por experiencia que este era el mejor reclamo para obligarles a contestar, y a asomarse, primero a la ventana y después a la puerta, y así, entre la excitación del vino que llevaban dentro y la producida por la ovación que les dábamos nosotros desde fuera, conseguíamos hacerlos salir de su concha a lucir sus habilidades en plena calle del Pal.

Entonces sí que era cosa de verlos: aquellos brazos que momentos antes habíamos visto pendientes del tronco caídos y pesados, erguíanse ahora con pasmosa agilidad; sus caras eran un puro gesto de macaco, y sus cuerpos desmedrados y torpes movíanse al impulso de unas piernas que no acatando el imperio de la voluntad dábanles aspecto de manequés de feria.

Hablaban de prisa hasta comerse las sílabas y las palabras enteras y hacer el discurso incoherente, y a pocas instancias se lograba hacerles bailar. Bailes arrítmicos y grotescos, sí, pero adornados con muecas y castañuelas de dedo que las vecinas y chicos de la calle celebrábamos con risotadas y firones de la faja hasta dar con ellos en el suelo de donde ya no se podían levantar.

Sobrevenía entonces una gran postración; de aquella enorme *excitación* habían pasado a una *depresión* tan profunda que les imposibilitaba completamente para levantarse; ni aun moverse del sitio podían, y allí hubieran pasado la noche, y allí hubieran quedado para siempre, si alguna mano piadosa no los hubiera llevado hacia la zahurda que les servía de hogar.

¡Pobres ancianos! Cuando recuerdo aquellas escenas, y os contemplo víctimas de la codicia de los navieros y de la bárbara organización

social que entregó vuestra vejez a la miseria; cuando pienso en esas noches de temporal deshecho que en medio del océano os jugabais la vida cien veces por hacerle un rizo a la vela y que no se estrellara la nave que pusieron en vuestras manos, y veo a los hijos de los que enriquecisteis con vuestro trabajo burlarse de vuestra miseria y desnudez, siento deseos de ensalzar hasta vuestros vicios; y si aquel vino que os llevó al sepulcro os vindicó de las injusticias humanas proporcionándoos algún placer, yo lo bendigo, yo lo bendigo, sí, y aquel muchacho ineducado que hace un tercio de siglo se burló de vuestra ancianidad hoy se entenece con vuestro recuerdo y os pide perdón desde su cátedra de Filosofía.

FRANCISCO SANTAMARÍA

Anales del Teatro Español

(1681 a 1700)

La buena acogida que han logrado los ANALES DE LA ESCENA ESPAÑOLA, anteriores al año 1681, han influído en algunos aficionados a la escena para solicitar que continúe esta curiosa colección, que representa la historia primitiva del Teatro Español, respecto al cual tan poco se ha escrito y tanto puede escribirse.

Como de esta época tengo coleccionados no escasos apuntes recogidos especialmente en los legajos manuscritos de la Biblioteca Nacional y en los libros de la Congregación de Ntra. Sra. de la Novena, no he dudado en complacer a mis buenos amigos, estimando a la vez el honor que me hacen los ilustrados editores de la REVISTA CASTELLANA y su amable y erudito Director, mi compañero y tocayo Sr. Alonso Cortés, ofreciéndome un lugar en ella a la vez que la promesa de hacer una edición aparte, a la que es probable sigan nuevos ANALES correspondientes al Siglo XVIII.

Agradecido y honrado correspondo a su galantería y veré con gusto que los lectores de la nueva y amena revista reciben con satisfacción estas cuartillas, que pueden ser útiles a los que deseen conocer las vicisitudes de aquella labor escénica que dió a conocer poetas dramáticos de tanta valía como Calderón, Moreto y Rojas y de actores tan celebrados como Roque de Figueroa, Alonso de Olmedo y Sebastián del Prado.

1680

13 Enero.—Con motivo de la entrada en Madrid de la Reina Doña María Luisa de Borbón, esposa de Carlos II, hubo representaciones cómicas por las calles, en dos carros triunfales.

18 Enero.—Se representó en el Salón del Real Palacio, la comedia de Calderón de la Barca, *La Púrpura de la Rosa*, una Loa de D. Juan Bautista Diamante, y los entremeses *Las Beatas*, *El abad del Campillo* y *Los Estudiantes*. Tomaron parte las compañías de Manuel Vallejo y Damiana Arias, y en ellas María de los Santos, María de Anaya, Micaela Fernández, Francisca de Monroy, Feliciano de Ayuso, Bernarda Manuela, Luisa Fernández, Josefa Nieto, María de Areneros, José Benet, Manuel Angel y otros. No pudo trabajar la Bezón por ponerse enferma.

15 Enero.—Se autorizó la representación de la comedia *La mejor luna africana*, compuesta por D. Luis Vélez de Guevara, D. Luis de Belmonte, D. Jerónimo de Cáncer, D. Antonio Martínez de Meneses, D. Juan Vélez, D. Antonio Sigler, D. Pedro Rosete, el Maestro Alfaro y D. Agustín de Moreto.

Enero.—En el Palacio del Buen Retiro, para celebrar la llegada a Madrid de S. M. la Reina María Luisa, se representó una loa del poeta Pérez Montoro.

Febrero.—En uno de los días de Carnaval se representó por la Academia del Alcázar, en Valencia, la comedia *También se ama en el abismo*, de D. A. de Salazar y Torres y D. José Ortí Moles y el baile: *La justicia de amor y desdén*, de Ortí.

3 Marzo.—En celebridad del matrimonio del Rey Carlos II con D.^a María Luisa de Orleans, verificado meses antes, se ejecutó una gran fiesta en el Real Palacio de Madrid, gastándose en ella cerca de 18.000 duros. Se estrenó la última de las comedias que escribió Don Pedro Calderón, o sea *Hado y Divisa de Leonido y de Marfisa*, cuyo poeta asistió a los ensayos y escribió además la *Loa*. Se representaron también *La tía y las sobrinas* y el *Baile de las Flores*. Tomaron parte Francisca Bezón, María de los Santos, María de Anaya, Andrea de Salazar, Antonia de Rojas, Francisca de Monroy, Feliciano de Ayuso, María de Ayala, Bernarda Manuela, Manuela de Escamilla, María de Cisneros, Luisa Fernández, Fabiana Laura, Paca García, María de Valdés, José Benet, Luis López, Simón Aguado, Manuel Angel, Alonso de Olmedo, José de Prado, Damián Polope, Rosendo López. La música de la *Loa* la escribió Juan Hidalgo y el *fin de fiesta* Polope.

Marzo.—El Lunes de Carnaval se representó en el Salón de Palacio, ante SS. MM., la comedia *Entre bobos anda el juego*, tomando parte entre otras actrices Bernarda Manuela y Manuela de Escamilla.

—Se representó en el Salón del Real Palacio, el Martes de Carnaval, la comedia *El celoso extremeño*, a cargo de la compañía de Manuel Vallejo.

7 Abril.—Manuel Vallejo presentó la lista de su compañía que aspiraba a representar en Madrid los autos del Corpus, figurando la Escamilla como 1.^a dama y Alonso de Olmedo, como galán.

22 Abril.—Comenzó un uno de los corrales de Valencia la compañía de José Verdugo en la que figuraban, como 1.^a dama Leonor de Concha, mujer de Fernando de Salas, como 2.^a dama, María de

Medina, como 3.^a dama Isabel de León, como 5.^{as} María de Navas y Josefa Román y como sobresaliente María Navarro.

Mayo (?).—En la plaza de la Olivera de Valencia, mataron a un criado del Duque de Veragua, que era entonces Virrey de aquel Reino. Ya porque se sospechase que el autor de la muerte fuese algún comediante o se relacionase el hecho con asuntos de bastidores, o ya porque se negasen a declarar lo visto, es lo seguro que toda la compañía de José Verdugo, incluso el autor y las damas, fueron presos, ingresando en la Torre de los Serranos. Salieron por gestiones de un protector influyente, que a la vez consiguió pasase la compañía a trabajar a Xátiva, dándoles 200 libras con que pagaron parte de las muchas deudas contraídas en la ciudad de Turia.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR
Académico C. de la Real de la Historia

(Continuará).

Cuándo nació Núñez de Arce

Raro parecerá que tratándose de un hecho tan poco lejano de nosotros como es el nacimiento de Núñez de Arce, y habiendo libros parroquiales que pueden ofrecer su testimonio, existan dudas sobre la fecha en que acaeció. Y, sin embargo, así es, y comprobarlo puede quien lea el notable libro de D. José del Castillo y Soriano sobre el autor de *El Vértigo*.

He aquí como empieza este biógrafo el capítulo II de su libro:

—¿Qué edad tiene usted, D. Gaspar?—le pregunté a mi inolvidable amigo, allá por el año 1882, en ocasión de estar anotando sus datos biográficos para enviarlos a América.

—Aproximadamente cuarenta y nueve años.

—¿Cómo aproximadamente?

—¿Le choca a usted el adverbio? Pues jamás se empleó con mayor propiedad. Yo no puedo precisar la fecha de mi nacimiento.

—¿Y la partida de bautismo?

—No la tengo. Se trata de un caso curioso y siniestro. Cuando yo nací, el cólera hacía estragos en Valladolid. Apenas me bautizaron, el párroco que me administró el primer sacramento, falleció repentinamente, víctima de la epidemia. Mi inscripción quedó sin hacer, y los apuntes que para ella se facilitaron, debieron ir a la tumba en el bolsillo de la sotana que sirvió de mortaja al infeliz sacerdote. Las cosas quedaron así, hasta que siendo necesario dicho documento se encontró mi madre con que no existía. Entonces acudió al Arzobispado, hizo la correspondiente información, y nada menos que el año 1860, es decir, fíjese usted, veintisiete años después de haber nacido, se inscribió mi partida de bautismo, bastantes folios más atrás del que en realidad, por orden cronológico, me correspondía.

Resulta, pues, que durante los primeros años de mi vida he sido un ser anónimo e indocumentado, sin que estuviera acreditada mi existencia en ninguna parte, y aun hoy no puedo, de manera auténtica, afirmar cual fué la verdadera fecha de mi nacimiento.

En la inscripción efectuada para llenar el vacío legal, creo, según testimonio de un tío mío, hombre escrupuloso en cuestión de fechas y respetable archivo en materia de recuerdos de familia, que se contenían algunos errores. Aseguraba que no nací en Septiembre, sino en Agosto, y no en 1834, sino en 1833.

La inscripción parroquial a que se refería Núñez de Arce, hecha en forma tan inusitada, hállase efectivamente en el correspondiente libro de la Parroquia de la Antigua, de Valladolid, y dice así:

«Gaspar Domingo. Don Enrique Segoviano, Pbro., Cura Propio de la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de La Antigua de esta ciudad, certifico: que por el Excmo. é Ilustrísimo Señor Arzobispo de esta Diócesis, en decreto de treinta de Agosto de este año en vista de las diligencias necesarias se declaró se hubiese por bautizado en dicha Iglesia el día cinco de Setiembre de mil ochocientos treinta y cuatro al niño Gaspar Domingo que había nacido el día cuatro de dicho mes hijo de D. Manuel Núñez y D.^a Eladía de Arce naturales respectivamente de Madrid y Aranda de Duero; sus abuelos paternos D.ⁿ Manuel Núñez y D.^a Eustaquia Maroto naturales de Avila de los Caballeros y de Leganés: los maternos D. Policarpo de Arce Cabeza de Vaca y D.^a María Fernández, naturales de Madrid, cuyo Sacramento le administró el Pbro. D. Prudencio Moral ó D. Antonio Quintana á cuyo cuidado estuvo encomendada por entonces dicha Parroquia, siendo padrinos D. Manuel Pérez vecino de esta Ciudad, y D.^a Lorenza Gutiérrez residente en ella, los que fueron advertidos de las obligaciones que contrahían, mandándose por S. E. I. extender la presente partida de bautismo para los efectos conducentes, mediante no haberse encontrado en el libro y folio que debía hallarse, en el que queda arreglada la correspondiente nota de la extensión de este documento. Para que en todo tiempo conste lo firmo en virtud de dicho superior mandato en Valladolid á siete de Setiembre de mil ochocientos sesenta.—
Doctor D. Enrique Segoviano.»¹

Ahora bien: ¿tendría razón el tío de Núñez de Arce al afirmar que esta partida contiene algunos errores? ¿Será cierto que el gran poeta vallisoletano no nació en el año y el mes que en ella se indica? Antes de confesar a estas preguntas, veamos otra partida de bautismo que obra en la misma iglesia parroquial:

«Gaspar Esteban Yañez. En seis de Agosto de este año de mil ochocientos treinta y dos, yo el infrascripto Cura propio de la Yglesia Parroquial de N^{ra} S^a la Antigua de esta Ciudad de Valladolid hize los exorcismos bautizé solemnemente e impuse los santos oleo y Chrisma, segun ordena el ritual romano a un niño que nació el día cuatro del corriente. a quien puse por nombre Gaspar Esteban, hijo legítimo de Matías Yañez Ravaneira, natural de Monforte de Lemus, Obispado de Lugo, y Eladía Arce, natural de Burgos, y su Arzobispado: abuelos paternos Manuel Yañez Rabaneira y Rosenda Grotual naturales del referido Monforte de Lemos y Obispado de Lugo: abuelos maternos Policarpo de Arce y María Fernández, naturales de la Ciudad de Burgos, y su Arzobispado: fué

¹ *Archivo parroquial de la Antigua.* Libro de bautizados que empieza en 1851, f. 320.

madrina Valeria Gutiérrez, a quien advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones: dile por Abogados a N^{ra} S^a de los Dolores y S^{to} Domingo: siendo testigos Raimundo Salcedo y Lorenzo Alcalde de esta vecindad, y por verdad lo firmo fecha ut supra.—Dr. D. Franco Paula de las Cuebas. ¹

Con ambas partidas a la vista, podrá observarse: que la madre de este niño Gaspar Esteban se llamaba Eladia Arce, como la del poeta; el abuelo paterno, Policarpo de Arce, como el del poeta; y la abuela materna, ni más ni menos que la de éste, María Fernández. ¿Qué deducimos de todo ello? Pues sencillamente que la segunda de las partidas copiadas es la primitiva, la auténtica, del autor de *Maruja*. El tío del poeta tenía razón: Gaspar no nació en Septiembre, sino en Agosto; no en 1834, aunque tampoco en 1833, como él creía, sino en 1832.

Entonces—se dirá,—¿cómo es que en esta partida se le asigna el apellido *Yáñez*, se llama a su padre *Matías* en vez de *Manuel*, y se adjudica a su abuela paterna un nombre totalmente distinto del que lleva en la otra?

Las primeras discrepancias tienen fácil explicación. Cuando se impuso el bautismo a Gaspar, alguna persona de la familia escribiría la minuta que había de servir al párroco para extender la partida; aquella persona tendría una letra endiablada, y el Dr. Cuevas, al hacer la transcripción, leyó *Yáñez* donde decía *Núñez*, y *Matías* donde el otro había escrito *Manuel* o una abreviatura correspondiente a este nombre.

Estas equivocaciones explican precisamente todas las demás. Cuando, andando los años, Núñez de Arce o su madre necesitaron testimonio de la partida, se dirigieron, naturalmente, al que desempeñaba en aquel tiempo el cargo de párroco; hizo éste la búsqueda consiguiente en los libros de bautismos, y no encontró en los años que se le indicaban ningún bautizado cuyo nombre fuese Gaspar Núñez. Buscando una explicación, alguien recordó que en la epidemia de 1834 había muerto repentinamente el cura de la Antigua, y pensó que muy bien pudo ocurrir el caso en la forma que luego le refirieron a D. Gaspar.

No pudo ser así, sin embargo. El párroco Sr. Cuevas murió, en efecto, por entonces, y probablemente víctima del cólera, que hacía terribles estragos en Valladolid; pero su defunción, registrada en el correspondiente libro de la misma parroquia, acaeció el día 27 de Agosto, nueve antes del que se decía corresponder al bautizo de Gaspar.

Lo cierto es que entonces la madre del poeta—porque el padre había muerto,—se vió obligada a reconstruir los datos para extender la nueva partida. De los nombres de sus padres, claro es, se acordaba perfectamente, y con toda exactitud los transmitió a Valladolid, errando solamente, si es que no fué descuido del copista, el lugar de su naturaleza²; también comunicó fielmente el nombre de su suegro. Confundió,

¹ Arch. parroquial de la Antigua. Libro de bautizados de 1831 a 1852, f. 11.

² No es lo probable que el error partiese de doña Eladia. Mal podía olvidar sus primeros años pasados en Aranda de Duero y Burgos, donde su padre corrió peligros a que hace referencia el Sr. Castillo y Soriano.

en cambio, el de su suegra, y a aquél y a ésta les atribuyó una patria equivocada¹. A la madrina la llamó Valeria Gutiérrez en vez de Lorenza Gutiérrez².

Las deducciones de todo ello, dejando a un lado detalles secundarios, saltan a la vista: Núñez de Arce no se llamó Gaspar Domingo, sino Gaspar Esteban³; no nació en Septiembre de 1834, sino en Agosto de 1832. Al morir, el día 9 de Junio de 1903, tenía 71 años⁴.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

Registro bibliográfico

La abundancia de original nos obliga a retirar las notas bibliográficas preparadas para este número. Se insertarán en el próximo

Libros recibidos

DE LOS CUALES SE HABLARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS

Agustín Acosta: *Ala*.—Poesías. Habana, 1915.

José de Armas y Cárdenas: *Historia y Literatura*.—Biblioteca de autores Cubanos vol. II Habana, 1915.

E. L. Hall Parker: *Método Taquigráfico*.—Barcelona, Luis Gili, 1915.

Mario Falcao Espalter: *Del pensamiento a la pluma*.—Barcelona, Luis Gili, 1915.

José Antonio Ramos: *El hombre fuerte*.—Drama en tres actos. Habana, 1915.

Anselmo Salvá: *Historia de Burgos*.—Tomo II, Burgos, 1915.

P. Esteban Moreu: *Fundamentos de cultura literaria*.—Barcelona, Miguel Casals, 1915.

J. Díaz-Caneja: *Cumbres palentinas*.—Madrid, Imp. Ibérica, 1915.

Cervantes Saavedra (Miguel de): *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.—Edición Centenario con grabados. Ramón Sopena. Barcelona, 1915.

1 Pudiera estarlo también en la primera partida; mas debe suponerse que entonces fuera el padre de D. Gaspar quien diera los datos.

2 Aquí, sin embargo, pudo estar el error en la primera partida. Nada más fácil que leer *Lorenza* donde la minuta decía *Valeria*.

3 En la partida original hemos visto—y ello explica el error de la otra—que uno de los abogados de Gaspar en su bautismo fué *Santo Domingo*, el cual sin duda tendría especial devoción doña Eladia de Arce.

4 Los datos de la partida de bautismo rehecha sirvieron para extender la de defunción, que el Sr. Castillo y Soriano transcribe a la página 217 de su libro.